

independencia nacional, ¿no habría pensado en el porvenir y concebido la idea de constituir una Grecia unida y fuerte? Los historiadores atribuyen este proyecto á Pericles. Hizo decretar que todas las ciudades griegas, grandes y pequeñas, de la Europa y el Asia serian invitadas á enviar sus diputados á una asamblea general que se verificaria en Atenas para deliberar sobre la reconstrucción de los templos incendiados por los Bárbaros; sobre los sacrificios ofrecidos á los dioses durante las guerras con los Persas; sobre los medios de asegurar á todos la libertad y seguridad de la navegacion y de establecer la paz general. Esta proposicion, hecha en vísperas de una guerra que desgarró á todas las repúblicas durante veintiocho años, hubiera podido salvar á la Grecia. Fracasó ante la oposicion de los Lacedemonios que impidieron á las ciudades el enviar sus diputados; miraban con envidia el poder creciente de Atenas, y temian que la gran concepcion de Pericles no tuviese más objeto que el de consolidar la hegemonía de la Grecia en manos de sus rivales (1).

En vano hubieran concebido planes de unidad los hombres de genio; los Helenos eran incapaces de realizarlos. Nada lo prueba tanto como las repúblicas griegas despues de la derrota de los Persas. Apénas habian sido rechazados los Bárbaros, cuando ya estalló la disension entre Esparta y Atenas. Temístocles habia tenido que emplear la astucia para volver á levantar los muros de la ciudad heróica que habia salvado á la Grecia. Estos muros fueron destruidos en seguida en medio de los aplausos de los Helenos coaligados contra la ciudad de Minerva. El mismo siglo presenció la derrota de los Persas, la ruina de Platea y la destruccion de las fortificaciones de Atenas por mano de los Griegos.

Las guerras médicas no produjeron más que una union temporal. Sin embargo, la Grecia habia sentido la necesidad de union. La mayor parte de las ciudades se reunieron bajo el mando de Atenas para continuar la guerra contra los Persas. Atenas se aprovechó de su preponderancia para fundar su hegemonía. La unidad que los Griegos no quisieron organizar por vía de asociacion la sufrieron bajo el nombre de aliados.

(1) PLUTARCH., *Pericl.*, 17.

CAPITULO II.

ATENAS Y SU HEGEMONÍA.

§ I.—Consideraciones generales sobre Atenas y su derecho de gentes.

Más de una vez se ha comparado á los Atenienses con los Franceses (1). Los paralelos establecidos entre individuos ó naciones son casi siempre forzados; sin embargo, como la mision de la humanidad es una y la prosigue á traves de los siglos por un progreso continuo, preciso es que desde los tiempos antiguos encontremos los gérmenes de los sentimientos y de las ideas que más tarde se han desarrollado. Bajo este punto de vista hay verdad en la comparacion de Atenas y de la Francia. El sentimiento, el amor de la humanidad, el espíritu cosmopolita dominan en el genio frances. En la antigüedad apénas se encuentra más que un patriotismo feroz. Unicamente los Atenienses poseian en algun modo lo que el mundo antiguo conocia de sentimientos humanos: la grandeza de su genio, elevándolos por encima de los estrechos límites de una ciudad, los hizo dignos de civilizar el mundo. Los antiguos dieron á Atenas el bello título de bienhechora del género humano (2) y le ha sido conservado.

Atenas resume en sí misma la Grecia (3). Lo que caracteriza

(1) CHATEAUBRIAND, *Ensayo sobre las revoluciones*, libro I, c. 18.

(2) PLAT., *Menez.*, 239, A. B.—DIODOR., XIII, 26.—Antígono decia que Atenas era el faro del universo (PLUTARCH., *Demetr.*, 8).

(3) Decíase que Atenas era la Grecia de la Grecia (ATHEN., *Deipnos.*, V, 12).

el genio griego, y, sobre todo, el de Atenas, es el pensamiento, el sentimiento, la filosofía, la poesía, las artes. Los dioses se dividieron en otro tiempo la tierra; debemos creer con *Platon* que no escogieron sus residencias por capricho, sino por una conformidad entre la idea que representaban y la misión del pueblo cuyos homenajes aceptaban. Atenas correspondió á Minerva. La hija de Júpiter es el emblema del amor á las ciencias y á las artes que distingue á la ciudad á quien dió su nombre. Las brillantes facultades de la raza ateniense no debían ser el dominio exclusivo de una pequeña república ni de una nación; los pueblos, dotados en alto grado del genio de las artes, tienen también una tendencia á extenderse hacia afuera, á entrar en comunión con la humanidad. Todas las tradiciones que los antiguos se habían complacido en imaginar respecto del pueblo de Minerva revelan en él un espíritu universal y un amor hacia los hombres que le hicieron digno de preparar el reinado de la caridad y de la fraternidad.

Lucrecio dice «que Atenas extendió entre los miserables humanos los nutritivos frutos de la tierra» (1). Una divinidad enseñó á los Atenienses la agricultura; no pensaron en guardar para sí solos este inmenso beneficio, y lo comunicaron á todo el mundo (2). El sentimiento que les impulsó á comunicar á los hombres los dones de Ceres les hizo también enseñar por primera vez á los Griegos «á no negar á nadie el uso del agua corriente ni el permiso de encender fuego en el hogar de su vecino.» «No mostrar su camino al que se separa de él», era un crimen que los Atenienses castigaban con públicas execraciones. Aún se dice que fueron los primeros en instituir el derecho de asilo, y que establecieron en favor de los que acogían leyes respetadas por todos los pueblos. Mirábase la piedad, no solamente como un tierno sentimiento del alma, sino como una divinidad (3); solamente los Griegos levantaron altares á la misericordia (4).

(1) LUCRET., VI, 1, s.

(2) ISOCRAT., *Panegy.*, núm. 29: οὕτως ἡ πόλις ἡμῶν οὐ μόνον θεοφιλῶς ἀλλὰ καὶ φιλανθρωπῶς ἔσχεν, ὥστε κυρία γενομένη τοσούτων ἀγαθῶν οὐκ ἐφρόνησε τοῖς ἔλλοις, ἀλλ' ὧν ἔλαβεν ἅπασιν μετέδωκεν.

(3) PLUTARCH., *Cimon.*, 10.—CICER., *De offi.*, III, 13.—DIODOR., VIII, 26.—QUINTILIAN., *Inst.*, V, 11.

(4) PAUSAN., I, 17, 1. Bajo el imperio romano se propuso á los Atenienses que

Así la antigüedad reconocida proclamó que los Atenienses se distinguían de todos los demás pueblos por su filantropía; aún cuando la verdadera humanidad haya sido desconocida de los paganos, los gérmenes de esta virtud de los siglos modernos se encuentran en Atenas. Recojamos los testimonios; son las primeras manifestaciones de la unidad humana y de la fraternidad.

Un gran poeta no se ha desdeñado de citar un rasgo de humanidad de los Atenienses hacia los animales, para caracterizar al pueblo cuya legislación exponía (1). Después de terminada la construcción del Partenon, dieron libertad á las mulas que mejor ayudaron á los obreros en su trabajo. Una de ellas fué, según se dice, á ponerse un día por sí misma á la cabeza de las bestias de carga que arrastraban carros á la ciudadela, como si quisiese animarlas al trabajo; los Atenienses, concediendo en algún modo á un animal los honores del Pritaneo mandaron por un decreto que aquella mula fuese alimentada hasta su muerte á expensas del público (2). *Plutarco* refiere aún otros ejemplos de la humanidad ateniense, y después añade: «Debe acostumbrarse á ser dulce y humano hacia los animales, aún cuando no sea más que para ir aprendiendo la humanidad hacia los hombres.» Los Atenienses han justificado la sentencia del filósofo; su legislación era la más humana para con los esclavos; en el comercio de la vida restablecían casi la igualdad que desconocían con la antigüedad entera (3). Ellos solos, entre los Griegos, daban socorros á los ciudadanos á quienes las enfermedades corporales hacían incapaces de proveer á su subsistencia; ellos solos educaban á los niños de los que morían en la guerra (4). La solicitud de los Atenienses se adelantó á la caridad cristiana: establecieron médicos para asistir á los ciudadanos pobres (5).

adoptasen los espectáculos de gladiadores: «Derribad, pues, ántes, exclamó un filósofo (DEMONAX), el altar que nuestros padres han erigido á la misericordia» (LUCIAN., *Demon.*, 57).

(1) SCHILLER, *Die Gesetzgebung des Lykurgus und Solon.*

(2) PLUTARCH., *Cat. Maj.*, 5; *De Solert. Anim.*, 13.—ÆLIAN., *De An.*, VI, 49.

(3) Véase más atrás, p. 160 y sig.

(4) BOECKH, *Economía política de los Atenienses*, t. I, p. 395.—ARISTID., *Panathen.*, 331 (t. I, p. 190, ed. Jebb).

(5) BROUWER, *Historia de la civilización griega*, t. II, p. 379.—BARTHÉLEMY, *Viaje de Anacarsis*, c. XX.

La humanidad ateniense no se limitaba á los miembros del pueblo soberano; la ciudad de Minerva era « un puerto hospitalario », siempre dispuesto á recibir á los desgraciados (1). Los poetas y los oradores ensalzaron á porfía la hospitalidad de Atenas; celosos por asegurar á su patria la preeminencia sobre todas las repúblicas de la Grecia, hicieron remontar hasta los tiempos fabulosos el renombre de humanidad que los Atenienses consideraban como su más bello título de gloria. En sus manos, el personaje de Teseo fué el modelo ideal de aquella piedad hácia los desgraciados, de aquel sacrificio á la debilidad y á los intereses generales de la patria griega de que se enorgullecian los Atenienses (2). Los *Heraclidas* de *Eurípides* son un largo panegírico de las virtudes hospitalarias de Atenas. Hércules habia sido el bienhechor del género humano; los Atenienses, dignos órganos del reconocimiento general, tomaron la defensa de sus descendientes (3). Teseo y los Heraclidas son una invención de los poetas; pero ¿qué importa? La poesía no ha hecho más que dar un símbolo á un sentimiento que toda la antigüedad reconocia al pueblo de Minerva. El nombre de Atenas y la idea de hospitalidad estaban tan unidas en la opinión de los Griegos, que se erigió en ley este rasgo de las costumbres nacionales (4). *Tucidides* atestigua que los hombres más poderosos de todas las partes de la Grecia escogian á Atenas como refugio, cuando la guerra ó las disensiones civiles los arrojaban de su patria, y que allí encontraban un asilo seguro (5). Esta virtud de los tiempos antiguos no se perdió jamás entre los Atenienses. Aún en nuestros días, dice *Plutarco*, ha merecido por más de un ejemplo de humanidad y de bondad la estimación y la admiración de los demás pueblos. En medio de la decadencia de la antigüedad, *Luciano* alabó la exquisita humanidad de los Atenienses para con

(1) EURIP., *Hippol.*, 156; *Heraclid.*, 329 y sig.

(2) SCHLEGEL, *Literatura dramática*, t. I, p. 135, 202.—PATIN, *Los trágicos griegos*, t. II, p. 21; t. III, p. 358.

(3) ISOCRAT., *Paneg.*, § 56.

(4) Una ley ateniense, dice un historiador, mandaba conceder hospitalidad á todos los Griegos (*Ephor.*, en los *Fragm. hist., grec.*, *Ephori fragm.*, núm. 37).

(5) THUCYD., I, 2.

sus huéspedes (1). El emperador *Juliano* les rindió el mismo testimonio (2).

La hospitalidad ateniense tenía su origen en el carácter del pueblo. Pericles dice que los Atenienses se dejaban guiar sin dificultad por el sentimiento, aún en política (3). De aquí la reputación de que gozaba Atenas de estar siempre pronta á socorrer á los que recurrian á ella, víctimas de una injusticia (4). Los oradores se complacian en desarrollar este tema. Atenas, según *Demóstenes*, fué invariable en su política, y esta política era la libertad de los oprimidos (5). Tomaba la defensa de todos los infortunios (6), hasta el punto de que se le echaba en cara el aliarse siempre con los débiles: « ¿Nuestros amigos mismos, exclama *Isócrates*, podrían hacer de nosotros un elogio más magnífico? » (7) « Los Atenienses, dice *Demóstenes*, estaban siempre prontos á libertar á los pueblos; tutores de la libertad común, gastaron en interes del resto de la Grecia más hombres y más dinero que toda la Grecia por su propia causa » (8). El desinterés de los Atenienses en las guerras médicas atestigua que estos elogios no eran recursos oratorios para captarse la benevolencia del pueblo soberano. Tal vez la conducta de Atenas en aquellas extraordinarias circunstancias, en las que el patriotismo exaltaba las almas, es ménos admirable que su valor en tomar el partido de los débiles contra los fuertes. Después de la toma de la Cadmea, habiéndose retirado á Atenas algunos Tebanos, Esparta exigió que se expulsase á los desterrados; los Atenienses, « animados por aquel sentimiento de humanidad, que era en ellos una virtud hereditaria y natural », arros-

(1) PLUTARCO., *Aristid.*, 27.—LUCIANO., *Scythia*, 10.

(2) MISOPOGON, *Oper.*, p. 348, C. ed. Spanheim.—C. LIBANIUS. *Op.*, t. II, página 159.

(3) THUCYD., II, 40: οὐ πασχόντες εὖ ἀλλὰ ἐρῶντες κτώμεθα τοὺς φίλους.

(4) XENOPH., *Hell.*, VI, 5, 45: πάντα; καὶ τοὺς ἀδικουμένους καὶ τοὺς φοβουμένους; ἐθέλει καταφεύγοντας; ἐπικουρίας ἤκουον τῶν γένειν.

(5) DEMÓST., *Pro Megalopol.*, § 14, s., p. 205: τοὺς ἀδικουμένους; σώζειν.

(6) IBID., *Pro Rhod. Lib.*, § 22, p. 196.

(7) ISOCRAT., *Panegy.*, § 53.—EURÍPIDES reproduce con frecuencia esta acusación de imprudencia que se dirigia á los Atenienses; ensalza á la ciudad de Minerva por estas censuras (PATIN, *Estudios sobre los trágicos griegos*, t. III, págs. 369, 381).

(8) DEMOSTH., *De Cherson.*, § 41, p. 100; *De Coron.*, § 66, p. 247.

traron la cólera de los señores de la Grecia. No temieron ofender á Alejandro acogiendo á los refugiados despues de la destruccion de Tébas; se atrevieron á protestar con una pública manifestacion de dolor contra las pasiones salvajes que habian conducido á los Helenos á destruir una ciudad griega (1).

Para hacer una justa apreciacion de la humanidad ateniense, es menester ponerla en parangon con la barbárie de Esparta. La diferencia entre los dos pueblos está marcada en sus legisladores. Solon parece ménos grande que Licurgo (2), porque no sale de las condiciones ordinarias de la humanidad; pero dirémos con *Schiller* (3), que precisamente por esto es por lo que aventaja al legislador lacedemonio; las leyes deben ayudar al desenvolvimiento de la naturaleza humana, pero no quebrarla ni mutilarla. El legislador filósofo no pensó jamas en hacer leyes perfectas é inmutables; no pensó en aislar á Aténas (4); presintiendo que la sociedad es una condicion de la vida de las naciones como de los individuos, quiso poner á los Atenienses en comunicacion con los demas pueblos; en vez de arrojar á los extranjeros, atrajo á Aténas á los que ejercian alguna industria; no prohibió la emigracion, convencido de que los ciudadanos no pensarian en desertar de una ciudad bien constituida; fomentó el comercio y la navegacion, á fin de que todas las facultades humanas se desarrollasen en una rica armonía. Solon alcanzó su objeto, miéntras que Licurgo no consiguió el suyo. Esparta no ha producido más que *guerreros*; la ciudad de Minerva dió nacimiento á *hombres*, filósofos, poetas, artistas, comerciantes, soldados, en caso de necesidad (5).

Este espíritu de universalidad imprimió al genio ateniense una tendencia cosmopolita extraña al resto de la Grecia. El aislamiento y la vanidad hacian de los Helenos como un pueblo aparte; los Ro-

(1) PLUTARCH., *Palopid.*, 6; *Alex.*, 13.

(2) MABLY le critica por no haber establecido en Aténas una forma de gobierno semejante á la de Esparta; cree que Solon no tenia ni las luces, ni el genio, ni la firmeza del legislador lacedemonio (*Estudios sobre Focion*, v).

(3) *Die Gesetzgebung des Lykurgus und Solon*.

(4) THUCYD., II, 39: τὴν τε γὰρ πόλιν κοινὴν παρέχομεν καὶ οὐκ ἔστιν ὅτε ξενολασίαις ἀπειργασίην τινα ἢ μαθήματος ἢ θεαματος, ὃ μὴ κρυφθὲν ἂν τις τῶν πολιτῶν ἰδῶν ὠφεληθεῖν.

(5) SCHILLER, *ibid.*—BULWEB, *Athens*, II, 1, 16.

manos les criticaron el no conocer ni alabar más que las cosas griegas (1). Solamente los Atenienses no se desdeñaban de imitar á los Bárbaros, áun en lo concerniente á su armoniosa lengua; sus costumbres eran una mezcla de elementos helénicos y extranjeros (2); elevaron á algunos extranjeros á las más altas dignidades, consultando más bien al mérito que al nacimiento (3). *Isócrates* dice «que la diferencia que separaba la Grecia de los Bárbaros no era la raza, sino la cultura intelectual y moral» (4); representantes de aquella civilizacion, consideraban los Atenienses como á sus conciudadanos á todos aquellos que se distinguían por su talento (5).

El genio humano que reconocemos á los Atenienses, ¿se manifiesta también en el derecho de guerra y en las relaciones internacionales? Un célebre escritor que combate hasta en los Griegos de Temístocles y de Platon el espíritu cismático de sus descendientes, dice de los Atenienses, «que eran ligeros como niños y feroces como hombres» (6). Sucede con las naciones de la antigüedad como con sus grandes genios; no debemos juzgarlos segun nuestras ideas y nuestros sentimientos. Los Atenienses eran crueles en sus guerras como todos los pueblos antiguos; pero si encontramos rasgos de dulzura y de compasion, se deben á los Atenienses. Sus rivales no cultivaban más que una virtud, el valor, y manchaban su virtud guerrera por su astucia, que llegaba hasta la perfidia. Ménos militar que Esparta, Aténas no faltó casi nunca á la lealtad (7). Es verdad que la ligereza era un rasgo característico de los Atenienses; sus pasiones se excitaban fácilmente, y en un momento de exasperacion adoptaban las más crueles medidas (8);

(1) TACIT., *Ann.* II, 88.—PLIN., *H. N.*, III, 6 (5).

(2) XENOPH., *Resp. Athen.*, III, 7, 8.

(3) PLAT., *Ion.*, 542, C. D.

(4) Véase más atras, p. 26 nota 2.

(5) El decreto en favor de Zenon, referido por DIÓGENES LAËRCIO, sería el más bello testimonio de este espíritu cosmopolita; pero su autenticidad es dudosa (BRUCKER, *Histor. Crit. Philos.*, *Paris*, II, lib. II, c. 9. § 2).

(6) DE MAISTRE, *Del Papa*, lib. IV.

(7) WACHSMUTH, *Hellenische Alterthumskunde*, t. I, p. 553.

(8) Los Atenienses ofrecieron recompensas al matador del rey de Macedonia (PLUTARCH., *Demosthen.*, c. 22). Este mismo pueblo se habia negado á leer las cartas de Filipo á su mujer (PLUTARCH., *Polit. parangelm.*, c. 3).

sin embargo, un filósofo de la antigüedad les ha tributado el bello testimonio de que se mostraban humanos, á un respecto de sus enemigos (1).

El derecho del más fuerte era la ley universal del mundo antiguo: los Atenienses juraban públicamente que todas las tierras que producian trigo ú olivos les pertenecian por perfecto derecho (2). Habia en Atenas un hombre celebrado por su justicia por el pueblo y por los filósofos (3). ¿Cuál era la justicia de Aristides, ideal de la justicia antigua? Aquél hombre de tan escrupulosa rectitud, en lo que á él se referia personalmente y en sus relaciones con los ciudadanos, no consultó frecuentemente en la administracion pública, segun el testimonio de *Teofrasto*, más que el interes de su patria, que exigia, segun él, frecuentes injusticias. Se deliberaba un dia acerca de la cuestion promovida por los de Sámos, de hacer llevar á Atenas, contra lo que estipulaba el tratado, el dinero que estaba depositado en Délos. «Es una injusticia, dijo Aristides, pero es útil» (4). Tal es la última palabra de los antiguos sobre la justicia internacional (5); no existia todavía en la conciencia pública. Platon concibe la teoría de lo justo y de lo bello; pero cuando aplica sus ideas al derecho de gentes distingue entre los Griegos y los Bárbaros, como si el ideal de lo verdadero

(1) PLUTARCH., *Polit. parangelm.*, c. 3.

(2) CICER., *De Rep.*, III, 9.—PLUTARCH., *Alcib.*, 15.

(3) PLATON coloca á Aristides por encima de Temístocles, de Cimón y de Pericles (PLUTARCH., *Arist.*, 25).

(4) PLUTARCH., *Arist.*, 25.

(5) Una célebre tradicion pudiera hacer creer que Aristides comprendia en sus sentimientos lo mismo á los extranjeros que á los ciudadanos, y que preferia lo justo á lo útil, aun cuando estuviere de por medio el interes de Atenas. Despues de haber libertado á la Grecia, quiso Temístocles colocar su patria á la cabeza de los Helenos; un dia dijo á los Atenienses que tenia un pensamiento cuya ejecucion les seria ventajosa, pero que no podia hacerlo conocer al público. El pueblo lo remitió á la decision de Aristides. Tratábase de quemar la flota de los Griegos para asegurar á los Atenienses el imperio del mar. Aristides declaró que el proyecto de Temístocles era á la vez el más útil y el más injusto; los Atenienses lo rechazaron (PLUTARCH., *Themist.*, 20). Esta tradicion es evidentemente una exaltacion de la justicia de Aristides. El vencedor de Salamina, que en pocos años habia hecho de Atenas la primera potencia naval, no tenia necesidad de un crimen para darle la supremacia (WACHSMUTH, *Hellen. Alterth.*, t. 1, p. 209.—NIEBUHR dice que esta anécdota es un cuento (*Vorträge über alte Geschichte*, t. 1, p. 425-427).

variase segun las razas. En el fondo de las especulaciones filosóficas de la antigüedad, así como en las relaciones de los pueblos, se encuentra siempre el derecho del más fuerte. Sobre la fuerza es también sobre lo que reposa la hegemonía de Atenas.

§ II.—La hegemonía de Atenas.

Esparta perdió su hegemonía por su impotencia para dirigir los destinos de la Grecia. Si el mando de los Helenos debia conferirse á los más dignos, los Atenienses tenian derecho á él, porque sacrificándose por la salvacion comun habian salvado la patria griega (1). La hegemonía á que fué llamada Atenas por el voto de los aliados no comprendia toda la Grecia; los Jonios eran los que principalmente se lamentaban del mando de Esparta, ellos eran los que impulsaron á los Atenienses á ponerse á su cabeza. La comunidad de origen y de costumbres formaba un lazo de union. Bien pronto los Griegos del continente dejaron de tomar parte en la guerra, que, convertida en marítima, parecia no interesar más que á los insulares y á los Griegos del Asia. Así la hegemonía no se extendia á la Grecia propiamente dicha; era más bien marítima que continental (2) y esta hegemonía no era una dominacion que los aliados reconocian en Atenas, sino un simple mando de los Helenos coaligados contra los Persas (3).

Los Atenienses llenaron dignamente la mision que les confiaron los Griegos. No tenian ya á su cabeza á Temístocles, figura heroica y extraordinaria; pero Cimón era su digno sucesor; hizo una guerra á muerte á los Persas; su ambicion era destruir la dominacion de los Bárbaros que en su orgullo se habian atrevido á pedir la tierra y el agua á los Helenos (4). No habia llegado el tiempo de realizar este gran designio; sin embargo, la historia hace á Cimón

(1) ISOCRAT., *Panegir.*, §§ 99, 22, 23.

(2) HEEREN, *Griechenland*, p. 183 y sig.—WACHSMUTH, *Hellen. Alterth.*, § 27.—KORTÜM, *zur Geschichte hellenischer Staatsverfassungen*, p. 47-56.

(3) THUCYD., III, 10.

(4) PLUTARCH., *Cimón*, 18.

la justicia de que ninguno humilló el orgullo del Gran Rey tanto como él. Aun parece que la tradicion hizo con el general ateniense lo que había hecho con los héroes antiguos; exageró su gloria; obligó, según se dice, á los Persas á celebrar un tratado que consiguiera su vergüenza. El silencio de *Tucidides* sobre un acto de tanta importancia para la Grecia, y las narraciones contradictorias de los historiadores que lo refieren han suscitado alguna duda sobre un convenio cuyos términos no se armonizan con las pretensiones siempre subsistentes de los Grandes Reyes á la dominacion del Asia Griega (1). Es probable que cesáran las hostilidades entre los Helenos y los Persas después de las victorias alcanzadas por los Atenienses cerca de Chipre. Desde esta época hasta la derrota de los Atenienses en Sicilia, no pagaron más tributo al Gran Rey los Griegos de Asia; ningun buque de guerra persa penetró en el mar Egeo. ¿Consagró algun tratado este estado de cosas? La embajada de Callias y de otros Atenienses á Susa hace probable la celebracion de semejante tratado (2); pero las contradicciones y las exageraciones de los escritores griegos no permiten precisar sus cláusulas. Lo que basta para la gloria de Cimon es el haber sido el último héroe de la gran guerra médica. Después de él, dice *Plutarco*, se vió «á los perceptores del rey de los Persas cobrar impuestos en las ciudades aliadas y amigas de los Helenos, siendo así que cuando Cimon mandaba, ni un agente persa había descendido, ni un sólo hombre de guerra se había presentado cerca de la costa á cuatrocientos estadios» (3).

¿Cuál fué la causa que detuvo el poder creciente de la Grecia? La guerra del Peloponeso, provocada por la opresion que Atenas hizo pesar sobre los aliados y por la ambicion de Esparta. El mando que los Griegos habían otorgado voluntariamente á los Atenienses no tardó en degenerar en una dominacion cada vez más

(1) MANSO, (*Sparta*, t. III, *Beilage*, x, p. 471), DAHLMANN (*Forschungen auf dem Gebiete der Geschichte*, t. I; *Ueber den Kimonischen Frieden*, p. 1-148) y MÜLLER (*Die Dorier*, t. I, p. 187 y sig.) clasifican el tratado de Cimon entre los errores históricos.

(2) HEROD., VII, 151.—DIODOR., XII, 4.—GROTE, *History of Greece*, t. V, página 451-457.

(3) PLUTARCH., *Cimon*, 19.

tiránica. Los aliados debían pagar un tanto para la guerra. Aristides, llamado á repartirlo, lo fijó en 460 talentos; Pericles lo aumentó en una tercera parte, y acabó por subir hasta 1.300 talentos (1). Creemos que se ha dado demasiada importancia á estos aumentos sucesivos del tributo de los aliados; la carga no era tan pesada como pudiera creerse (2). En realidad las exacciones de Atenas fueron más bien la ocasion que la causa de la revolucion de los Griegos (3); y lo prueba el que, después de haber aplaudido el reparto de Aristides como el mayor de los beneficios, se habían negado ya á pagarlo (4). La verdadera causa que sublevó á los aliados fué el espíritu de independencia y de division de los Helenos; no comprendían la necesidad de la union para ser fuertes enfrente de los Bárbaros. En cuanto los Persas fueron arrojados de la Grecia, volvieron los Peloponeses á sus hogares; cuando las flotas de los Persas fueron destruidas, los insulares quisieron hacer otro tanto. Atenas, á quien los Griegos habían confiado sus destinos, estaba en su derecho al compelerles á cumplir sus compromisos. Pero una vez que la fuerza de las armas se mezcló en las cuestiones de los Atenienses y de sus aliados, las relaciones cambiaron de naturaleza. Atenas no vió ya en ellos aliados, sino vencidos (5). Para asegurar su mision y aumentar su propio poder, se apoderó de todas ó parte de sus tierras y las distribuyó á colonos; las *cleruchias* fueron un ensayo de lo que llegaron á ser después las colonias en manos de la aristocracia romana. Los aliados fueron subyugados unos después de otros. Al principio de la guerra del Peloponeso, no había ya más que tres

(1) PLUTARCH., *Arist.*, 24.—El aumento del tributo hasta 1.300 talentos no se funda en testimonios ciertos (GROTE, *History of Greece*, t. VI, p. 8).

(2) Para apreciarlo con exactitud, sería preciso conocer el número y la importancia de las ciudades aliadas; la única indicacion que poseemos es un chiste de ARISTÓFANES que propone alimentar al pueblo colocando veinte ciudadanos en cada una de las mil ciudades tributarias (ARISTOPH., *Vesp.*, 705). BOECKH cree que el número de las ciudades aliadas no era mucho menor del citado: el reparto de Pericles fue ascendía á 600 talentos, dividido entre tantas ciudades no podía ser una carga muy pesada (BULWER, *Athens*, v, 2, 3).

(3) Se han exagerado mucho las exacciones y la tiranía de Atenas (GROTE, *History of Greece*, t. VI, c. XLVII).

(4) PLUTARCH., *Cimon*, 20.

(5) THUCYD., I, 98: πόλις; ζυμμαχίς; παρά τό καθεστῆκό; ἐδουλώθη.

repúblicas que conservasen un resto de libertad. Las demas estaban bajo la dependencia absoluta de Atenas.

La ventaja de una confederacion es el prevenir las luchas sangrientas entre los estados federados, sometiendo sus diferencias á la decision de una autoridad superior. En el consejo de los Anfictiones existia un principio de esta institucion; desgraciadamente el espíritu de individualidad de los Griegos no le permitió desarrollarse. Las heguemonías poseian la fuerza que faltaba á los Anfictiones. Atenas se arrogó el poder de juzgar las cuestiones de los aliados sometidos á su patronato; pero encontró vivas resistencias. Sámos y Mileto se hacian la guerra; los Atenenses intimaron á los de Sámos para que cesasen en sus hostilidades y llegasen ante ellos á discutir sus pretensiones. Se negaron á obedecer, y Pericles recurrió á las armas. Sámos fué vencida y humillada (1). Así, tampoco las heguemonías consiguieron mejor que los Anfictiones establecer una union suficiente entre los Griegos aliados para mantener la paz. Más consiguieron los Atenenses en el dominio del derecho privado. A fin de hacer á los aliados enteramente dependientes, imaginaron el someterlos á su jurisdiccion; los pleitos civiles, al ménos los más importantes, y las causas criminales, se decidian por los tribunales de Atenas (2). *Jenofonte* enumera las ventajas pecuniarias que sacaban los atenienses de esta usurpacion (3). No les hacemos la injuria de creer que hayan obligado á los aliados á litigar en Atenas por motivos de lucro; el interés político era evidente y decisivo. Las desdichadas divisiones que desgarraban á las ciudades griegas encontraban eco hasta en el santuario de la justicia: «Si los aliados tuviesen el derecho de jurisdiccion, dice *Jenofonte*, inmolarian todos nuestros partidarios á su odio; los Atenenses, sometiéndolos á sus tribunales, sostienen á sus amigos, anonadan á sus enemigos y así gobiernan á las ciudades confederadas.» Pero cuanto más ventajosa era esta jurisdiccion á los atenienses tanto más pesada debia parecer á los aliados. La justicia es una intervencion incesante en los asuntos

(1) PLUTARCH, *Pericl.*, 25, 26.

(2) BOECKH, *Economía política de los Atenenses*, t. II, p. 168 y sig.

(3) XENOPH., *Resp. Athen.*, I, 16 y sig.

de los particulares, y, si el pueblo dominante la ejerce por sí mismo sobre las ciudades aliadas, aún cuando sea imparcial, tiene las apariencias de la tiranía. Así es que *Jenofonte* tiene cuidado de hacer notar cuánto ganaba en consideracion el pueblo por su poder judicial; viendo los aliados un juez en cada ciudadano, liasonjeaban á los Atenenses y los temian como á los árbitros de sus destinos (1).

Hé aquí lo que fué en las manos de Atenas el mando de los Griegos unidos contra los Medos: la heguemonía se trasformó en una verdadera dominacion. Esta alcanzó su mayor grado de poder bajo la direccion de Pericles. La antigüedad no nos ofrece más que Estados fundados por conquistadores; por primera vez un pueblo nacido para las artes y dotado de los más bellos dones de la inteligencia se pone á la cabeza de un Imperio, y Pericles rige sus destinos. Contemplemos el espectáculo de un imperio ejercido por la ciudad de Minerva. El gran demagogo es el tipo ideal del genio ateniense. Su biógrafo atribuye á las lecciones de la filosofía la elevacion y la gravedad de su carácter. Como orador mereció el sobrenombre de Olímpico; los poetas decian de él que su voz resonaba en la tribuna como el trueno, que lanzaba relámpagos y que su palabra era como el rayo (2). Como artista erigió en su corta carrera esas magníficas construcciones siempre admiradas como obras maestras. No le faltó la gloria de las armas, y fué el primer político de la Grecia (3).

Si admiramos la grandeza de Pericles, el objeto y el resultado de sus concepciones son un nuevo testimonio del estado violento de la sociedad helénica. Su política es la del egoísmo nacional, que no retrocede ante ningun medio para conseguir el fin. Hace consistir la gloria de Atenas en la heguemonía que ejerce; su ambicion es fortalecerla y extenderla. El discípulo de Anaxágoras no se forma ilusion sobre la legitimidad del imperio que reivindica para su pa-

(1) XENOPH., I, 18. *Resp. Athen.*, I, 18.

(2) PLUTARCH., *Pericl.*, 8.—DIODOR., XII, 40.

(3) HEGEL dice de Pericles: «Nach der Seite der Macht der Individualität hin können wir keinen Staatsmann ihm gleichstellenn» (*Philosophie der Geschichte*, p. 317).—GROTE, (*History of Greece*, t. VI, p. 242) dice que Pericles es «without á parallel throughout the whole course of Grecian history.»